*Entre mates, marfil y orientalismo: representación del subalterno en Facundo y
Heart of Darkness.*

Carlos Bertoglio

University of Arkansas

En su obra *Facundo: Civilización y barbarie en las pampas argentinas*, Domingo Faustino Sarmiento, al intentar desentrañar las causas de la bárbara condición imperante en gran parte de su país, vuelve la vista hacia España como progenitora y por lo tanto influencia matriz de la realidad y el temperamento de la Argentina y encuentra en ella y en su particular posición geográfica algunas de las causas que explican los defectos heredados por su descendencia. La peligrosa cercanía entre España y “el África bárbara” explica que la primera no pueda desembarazarse del todo de esta estirpe salvaje, impía y fanática que “pide a gritos” la imposición del yugo ya que esta “parece ser su condición y modo de existir”(5). Es por lo tanto esperable para Sarmiento que Hispanoamérica deba cargar con esta pesada herencia que la hunde en el fango del primitivismo y la condena al atraso y que necesite de la mirada madura y competente de la Europa desarrollada y científicista para así poder develar la naturaleza rudimentaria y misteriosa del “volcán subalterno” que la agita y domina.

En el discurso de Sarmiento puede vislumbrarse el aspecto prepotente de la razón imperial europea que debe ser capaz de explicar, entender, configurar y representar a aquellos que de alguna forma detienen la *imparable* rueda del progreso y el *inexorable* (nuestro énfasis) avance y desarrollo de las ideas. De igual manera el discurso imperial-colonialista reaparece y es interpelado en la novela *Heart of Darkness* del polaco Joseph Conrad. Aquí un marinero relata su contacto con lo oscuro y lo salvaje tras internarse en el místico corazón de las tinieblas en búsqueda de sus riquezas naturales. Pese a que en el libro de Conrad la intencionalidad parece ser menos clara que en el de Sarmiento, su discurso de fondo no puede zafarse del todo de la mirada civilizada y condenatoria del imperio europeo (predominantemente británico y francés).

En el epígrafe de su libro *Orientalism* Edward Said usa una cita de Karl Marx en la cual el filósofo alemán, refiriéndose a la infantilización a la que eran sujetos los campesinos en la revolución francesa, expresa: “They cannot represent themselves; they must be represented”. Con sólo un superficial y, sin lugar a dudas, deficiente análisis de este fragmento podemos vislumbrar algunas de las características del pensamiento orientalista. Primero, no podemos pasar por alto la dicotomía existente entre *ellos* y *nosotros*, la cual será replicada en diversas instancias y bajo distintos nombres a lo largo de este ensayo. Luego vemos la cuestión de la representación, tan central para el concepto de orientalismo, como un privilegio de los observadores externos ya que *ellos* no cuentan con los instrumentos necesarios para hacerlo y a su vez esta representación servirá de afirmación identitaria para el encargado de la misma en este caso *nosotros* o los *sujetos civilizados/civilizadores*. Como dice Maristella Svampa en su libro *El dilema argentino: civilización o barbarie: de Sarmiento al revisionismo peronista*, “(...) la civilización se legitimará por la estigmatización de su contrario” (20). Finalmente, es necesario, aunque redundante, marcar la relación que existe entre la palabra y el poder y la posibilidad que tiene quien dispone de ella de

trazar los rasgos que delimiten los límites en donde *los otros* puedan actuar, lo que Conrad define en *Heart of Darkness* como “the unbounded power of eloquence—of words—of burning noble words” (50)

Nuestro modesto propósito en este trabajo será el de analizar la representación de lo subalterno en *Facundo* y *Heart of Darkness*, y a su vez entroncar y ver hasta qué punto estas representaciones pueden ser vistas y explicadas desde la perspectiva del Orientalismo tal como es propuesto por el crítico y teórico literario Edward Said. Es eminentemente necesario entonces, definir que es el Orientalismo según Said. Esta tarea, a primera impresión sencilla, no lo es tanto ya que para el mismo autor hablar de Orientalismo es hacerlo sobre “several things, all of them, in my opinión [Said’s], interdependent” (2). Usando una estrategia vieja pero muy inteligente y efectiva, Said esboza una (entre muchas) definición de Orientalismo partiendo de los fragmentos que lo componen pero no alcanzan a cubrirlo por completo. Entonces dice:

(...) Orientalism is not a mere political subject matter or field that is reflected passively by culture, scholarship, or institutions; nor is it a large and diffuse collections of texts about the Orient; nor is it representative and expressive of some nefarious “Western” imperialist plot to hold down the “Oriental” world. It is rather a *distribution* (énfasis del autor) of geopolitical awareness into aesthetic, scholarly, economic, sociological, historical, and philological distinction (...) but also of a whole series of “interests” which, by such means as scholarly discovery, philological reconstruction, psychological analysis, landscape and sociological description, it not only creates but also maintains; it is rather than expresses, a certain *will* or intention to understand, in some cases to control, to manipulate, even to incorporate, what is a manifestly different (or alternative and novel) world; it is, above all, a discourse that is by no means in direct, corresponding relationship with political power in the raw, but rather is produced and exists in an uneven exchange with various kinds of power, shaped to a degree by the exchange with power political (as with a colonial or imperialist establishment), power intellectual (as with reigning sciences like comparative linguistics or anatomy, or any of the modern policy sciences), power cultural (as with orthodoxies and canons of taste, texts, values), power moral (as with ideas about what “we” do and what “they” cannot do or understand as “we” do). Indeed, my real argument is that Orientalism is—and does not simply represent—a considerable dimension of modern political-intellectual culture, and as such has less to do with the Orient than it does with “our” world. (12)

Dicho de una forma mucho menos rigurosa, se trata de controlar, manipular, intentar entender y quizás incluso llegar a incorporar este mundo lejano y peculiar dentro de categorías pre-establecidas que nos permitan realizar esta tarea en un ámbito de seguridad, higiene y total asimetría de poderes. En definitiva ayudarlos y ayudarnos a encontrar las palabras que *los*, y por oposición, *nos* definan. Armar un discurso, un relato, una red que exorcice *la realidad* y la deje rendida a nuestros pies lista para ser inoculada por una visión tan oficial y definitiva como reduccionista.

Al referirse a los dogmas del Orientalismo, Said los ordena de la siguiente forma:

Let us recapitulate them [the dogmas] here: one is the absolute and systematic difference between the West, which is rational, developed, humane, superior, and the Orient, which is aberrant; undeveloped, inferior. Another dogma is that abstractions about the Orient, particularly those based on texts representing a "classical" Oriental civilization, are always preferable to direct evidence drawn from modern Oriental realities. A third dogma is that the Orient is eternal, uniform, and incapable of defining itself; therefore it is assumed that a highly generalized and systematic vocabulary for describing the Orient from a Western standpoint is inevitable and even scientifically "objective". A fourth dogma is that the Orient is at bottom something either to be feared (the Yellow Peril, the Mongol hordes, the brown dominions) or to be controlled (by pacification, research and development, outright occupation whenever possible). (301)

Volveremos a esta cita a lo largo de nuestro trabajo para ilustrar hasta que punto estos dogmas orientalistas son aplicables a la representación de la otredad que hacen Sarmiento y Conrad en sus obras.

Comenzaremos, probablemente por una arbitraria cuestión de cercanía geográfica, hablando del Facundo y del primer dogma orientalista, aquel que nos recuerda la irreconciliable diferencia entre la civilización occidental y la aberrante inferioridad o barbarie del Oriente. Sarmiento nos anticipa esta disputa desde el título mismo de su obra y la desarrolla generosamente en las páginas que siguen. Su primer punto de referencia para explicar la barbarie imperante en las llanuras argentinas es la imponente extensión de las mismas sin que pueda verse la mano transformadora del hombre. La extensión produce aislamiento y el desierto que "rodea a Argentina por todas partes" la hermana con "las soledades asiáticas", hace imposible la existencia de una res pública y engendra y justifica la barbarie:

El desenvolvimiento de la propiedad mobiliaria no es imposible, los goces del lujo no son del todo incompatibles con este aislamiento; puede levantar la fortuna un soberbio edificio en el desierto; pero el estímulo falta, el ejemplo desaparece, la necesidad de manifestarse con dignidad, que se siente en las ciudades, no se hace sentir allí en el aislamiento y la soledad. Las privaciones indispensables justifican la pereza natural, y la frugalidad en los goces trae enseguida todas las exterioridades de la barbarie. (23)

Es evidente en esta cita como Sarmiento comienza a trazar la dicotomía desierto/ ciudad como la responsable de la ulterior civilización/barbarie y en mayor escala Occidente/Oriente. Justamente en relación al emparejamiento con las poblaciones asiáticas Sarmiento dice: "Ya la vida pastoril nos vuelve impensadamente a traer a la imaginación el recuerdo del Asia, cuyas llanuras nos imaginamos siempre cubiertas aquí y allá de las tiendas del Kalmuko, del Cosaco o del Árabe" (22). Más adelante, el autor diferencia a los gauchos de los orientales ya que su naturaleza no es nómada y su organización social no se asemeja a la de la tribu árabe sino a la del feudalismo de la Edad Media. El recurso de comparar a las poblaciones de la campaña argentina con las tribus asiáticas vuelve a ser usado (y se repite abundantemente a lo largo de esta obra) en desmedro de la primera no sin antes aclarar que pese a su ligera ventaja en términos organizativos el progreso en las llanuras asiáticas "está sofocado" en tanto y en cuanto no se posea el suelo o se creen ciudades.

Sarmiento toma prestadas numerosas ideas del discurso europeo colonialista y su fe positivista en la razón y el progreso. Los defensores de estas corrientes de pensamiento tienen la noble misión de iluminar aquellas porciones del mundo que se hallan sumidas en las tinieblas del atraso y la barbarie. Es por ello entendible que el autor de *Facundo* utilice constantemente analogías entre la población y las costumbres en la campaña argentina con aquellas pertenecientes a la imagen europea de Oriente como una forma de darle continuidad y validez a su discurso.

Aprovecharemos este momento para citar a José Pablo Feimann en su libro *Filosofía y Nación: Estudios sobre el pensamiento argentino* cuando, refiriéndose a la configuración de la campaña como sociedad feudal en el texto de Sarmiento, dice: “A esta sociedad desasociada, no verdadera, ficticia, opone Sarmiento una sociedad asociada, verdadera y real. Si la primera se encontraba en las campañas, el lugar de la segunda estará en las ciudades” (196)

Como afirmamos anteriormente, el problema de la ciudad en este país joven y extenso es para Sarmiento su aislamiento, la opresión de la que es presa por parte del desierto, su particular carácter de “oasis de civilización” que imposibilita la libre circulación de las corrientes civilizadoras que logren ordenar y poner coto a la oscura influencia del silencio atronador y salvaje del campo sobre sus habitantes. El maestro sanjuanino grafica esta situación de un modo claro, al explicar: “Todo lo que hay de civilizado en la ciudad está bloqueado allí [en la campaña], proscrito afuera; y el que osara mostrarse con levita, por ejemplo y montado en silla inglesa, atraería sobre sí las burlas y las agresiones brutales de los campesinos” (22)

La enorme y despiadada mano de la naturaleza ha nutrido de arrogancia, altivez y energía a los gauchos argentinos para los cuales su escala de valores tiene como punto máximo la destreza física de los hombres, desdeñando la civilidad, la cultura y la inteligencia ciudadana e inutilizando todo esfuerzo *altruista y civilizador* por parte de los representantes de esta última. Agrega Sarmiento, no sin un toque de ironía, que este tipo de vida tiene, sin embargo, algunos atractivos, ligados todos ellos a la continua satisfacción de las pulsiones primitivas de estos pueblos que chapotean alegremente en el barro de la infancia más profunda. La receta para estos *pueblos infantiles* es concreta: “Los pueblos en su infancia son unos niños que nada prevén, que nada conocen, y es preciso que los hombres de alta previsión y de alta comprensión les sirvan de padre” (99)

Este tipo de discurso de tono paternalista no hace más que amoldarse al primero de los dogmas del orientalismo tal como son enunciados por Said, de acuerdo al cuál estas especies subalternas y subdesarrolladas deben ser necesariamente guiadas por la antorcha del racionalismo evolucionado europeo. A la vez, tocando el tercero de los dogmas orientalistas y volviendo nuestra mirada sobre la cita de Marx al comienzo de este ensayo, su propia niñez y falta de claridad (*muddy* sería el adjetivo perfecto para definir el estado de su conciencia y su visión y hacer al mismo tiempo referencia a su fatal primitivismo) harán indispensable la creación de un discurso adulto, objetivo y científico que los pueda nombrar, definir y capturar.

Los niños, en general, también despiertan en ciertos adultos un sentimiento mezcla de asombro y curiosidad que lleva a estos últimos a querer de alguna manera inmiscuirse en su *exótico* mundo y contemplar la *descarada* ausencia de orden y racionalidad que ellos presentan. Esta torpe y elemental analogía puede llegar a ser conectada con la idea de la fascinación por lo abominable

que se encuentra en la obra de Conrad. La irracional fascinación explica Marlowe, el hábil narrador de *Heart of Darkness*, por lo incomprensible y lo detestable, el disgusto y la indefensión, el odio y finalmente la rendición ante tan oscuros poderes. Conrad esboza este concepto al referirse a la invasión por parte de los representantes del imperio romano, y por lo tanto del proceso de civilización, del otrora salvaje territorio del Reino Unido:

Or think of a decent young citizen in a toga (...) coming out here in the train of some prefect, or tax-gatherer, or trader even—to mend his fortunes. Land in a swamp, march through the woods, and in some inland post feel the savagery. The utter savagery had closed round him—all that mysterious life of the wilderness that stirs in the forest, in the jungles, in the hearts of wild men. (6)

En este pasaje no sólo se hace referencia al vestido que distingue al civilizado del bárbaro sino que además se puede observar una primera aproximación a la idea de la generalidad, la universalidad y la *natural* y acechante omnipresencia de la barbarie así como a su poderoso misterio que provoca la repulsión de las almas evolucionadas y a su vez, irremediamente, acaba por hechizarlas. Más adelante en el texto, se hace referencia a una posible fuente de esta combinación entre terror y *singular* atracción por aquello que se nos presenta como foráneo, anormal e intrusivo y es precisamente su horrorosa familiaridad. Al describir a los salvajes y a su entorno Marlowe comenta:

The earth seemed unearthly. We are accustomed to look upon the shackled form of a conquered monster, but there—there you could look at a thing monstrous and free. It was unearthly and the men were...No they were not inhuman. Well, you know that was the worst of it—this suspicion of their not being inhuman. (36)

El reconocer a la bestia, al salvaje, al bárbaro como parte, degenerada, prehistórica e invariablemente inferior pero parte al fin, de la composición de este hombre civilizado es a todas luces el punto clave en el viaje reflexivo de Conrad. A su vez podemos observar que la posibilidad de coexistencia de dos pueblos transitando edades históricas diferentes en un mismo momento es aceptada como real tanto en *Facundo* como en *Heart of Darkness*.

Al igual que en la obra de Sarmiento, la naturaleza como espacio monstruoso y libre se constituye en la perfecta aliada de la barbarie y por lo tanto la principal amenaza para el progreso de la civilización y como tal debe ser controlada, encadenada, y subordinada a los intereses mercantilistas del hombre civilizado para el bienestar y el provecho de la sociedad toda. De la vasta riqueza de las tierras, el bárbaro sólo extrae lo suficiente como para satisfacer sus deseos y es “en su ignorancia” feliz mientras no lo acose el hambre. En *Facundo* vemos que la pampa como analogía del mar en la tierra no es buena conductora del progreso y funciona como un inmenso manto que impone su bestial silencio y su tendencia hacia la ociosidad a las almas que vagan por su extensión. Los ríos, “el favor más grande que la Providencia depara a un pueblo” (17), son vistos por “los hijos de los aventureros españoles” (17) como un obstáculo y su potencialidad como vías del desenvolvimiento cultural y económico es desdeñada. La influencia de una cultura superior logrará, de acuerdo a Sarmiento, transformar el duelo habitual e inútil del bárbaro con la naturaleza en el aprovechamiento productivo de esta última por parte de los hombres, es decir su final transformación en recursos. Casi como un signo fatídico de los tiempos por venir el autor del

Facundo se pregunta: "Sería bueno proponerle a la Inglaterra por ver no más, cuantas varas de lienzo y cuantas piezas de muselina daría por poseer estas llanuras de Buenos Aires!" (21)

Es preciso notar que aunque Sarmiento fije su mirada en Argentina y Conrad lo haga en el corazón africano, detrás de esta personificación de la naturaleza como la extravagante mano del más exaltado de los escultores se encuentra la teoría generalizadora y positivista que afirma que la descripción acuciosa y objetiva de los accidentes naturales de un espacio determinado nos dará la explicación de los fenómenos sociales que en ella se produzcan. Sin embargo, la clave no será fijar la atención en lo voluble de la realidad sino que a través de una mirada más amplia y objetiva llegar a la abstracción, al enunciado de teorías que establezcan una serie de categorías que permitan cobijar percepciones solidas y reduccionistas. Dice Sarmiento:

Los accidentes de la naturaleza producen costumbres y usos peculiares a estos accidentes, haciendo que donde estos accidentes se repiten, vuelvan a encontrarse los mismos medios de parar a ellos, inventados por pueblos distintos. Esto me explica por qué la flecha y el arco se encuentran en todos los pueblos salvajes, cualesquiera sea su raza, su origen y su colocación geográfica. (28)

Este tipo de percepciones justifican y validan la posibilidad de pensar en un orientalismo más allá de Oriente, elástico y abarcador, en constante estado de *desarrollo y evolución*.

Llegando al cuarto dogma del Orientalismo, aquel que habla de la necesidad de representar al Oriente como algo a lo que se le teme o se lo controla, es preciso enfocarnos en la descripción de las figuras más representativas y poderosas de ambos textos y el intencional uso de estos por parte de los autores como ejemplares universales que contienen en sí mismos las claves para el entendimiento de sus pueblos y sus costumbres (y como ya mencionamos, de los *nuestros* simultáneamente). Es riguroso aclarar que al analizar *Heart of Darkness* nos ocuparemos de la figura de Kurtz y no de la de los "salvajes" ya que estos son literalmente fundidos por Conrad con la ominosa naturaleza de la cual, de acuerdo a la percepción del narrador de esta historia, forman parte y se retroalimentan.

Al hablar de Juan Facundo Quiroga, Sarmiento lo describe como el más vital producto de la naturaleza, aquel que "no ha aprendido aún a contener o disfrazar sus pasiones" (62), en definitiva: "el carácter original del género humano" (62). El concepto de *original* en este caso se acerca mucho más a la idea de no evolucionado o primitivo que a la de notable o interesante aunque veremos que no está tampoco vacío de esta connotación. Facundo está dotado, en el mítico retrato que de él hace Sarmiento, de una grandeza incontrolable, instintiva y, como no podía ser de otra manera, esto es ignorado por él mismo. Su odio ancestral por las leyes, la organización y la civilización es producto de la combinación entre una propensión natural y recóndita hacia lo animal y lo salvaje y el resultado de la exposición prolongada a la barbarie propia de las campañas pastoras argentinas. Facundo es también un niño para quién "las leyes son un juguete en manos torpes" (71).

Con la elocuencia que lo caracteriza Sarmiento pinta a Facundo de la siguiente manera:

Facundo es un tipo de la barbarie primitiva: no conoció sujeción de ningún género; su cólera era la de las fieras: la melena de sus renegridos y ensortijados cabellos caía sobre su frente y sus ojos, en guedejas como las serpientes de la cabeza de Medusa; su voz se enronquecía y sus miradas se convertían en puñaladas. (63)

Facundo no solamente es influenciado por la naturaleza sino que ya se lo puede ver como una continuidad mitológica de ella. Su *sombria* pureza junto a su natural inteligencia e instintiva sagacidad lo convierten en un perfecto sujeto de estudio. El "caso" de Facundo es todo lo que la lógica europea civilizadora necesita para afirmar y avalar sus teorías. Continúa Sarmiento:

En todos sus actos mostrábase el hombre bestia aún, sin ser por eso estúpido, y sin carecer de elevación de miras. Incapaz de hacerse admirar o estimar, gustaba de ser temido; pero este gusto era exclusivo, dominante hasta el punto de arreglar todas las acciones de su vida a producir el terror en torno suyo (...). (63)

Sale a relucir aquí, el porqué de la imperiosa necesidad por parte de la legión civilizadora de temer pero por sobre todas las cosas controlar al subalterno ya que ni siquiera el más acabado de sus especímenes puede obrar por sobre sus instintos, los cuales lo transforman en un acérrimo, acechante y peligroso enemigo.

El cabal entendimiento de lo que representa la figura de Facundo es necesario para poder, por su parte, comprender su posterior evolución en la tiránica representación de Juan Manuel de Rosas. Esto es claramente expresado en la introducción de *Facundo* donde Rosas es designado heredero de Quiroga, su mutación más enfermiza y despótica: "(...) en Rosas, su heredero, su complemento: su alma ha pasado a este otro molde, más acabado, más perfecto; y lo que en él [Facundo] era sólo instinto, iniciación, tendencia convirtiéndose en Rosas en sistema, efecto y fin (...)" (3). Tanto en Rosas como posteriormente en Kurtz, (el misterioso y genial jefe de la expedición europea civilizadora- extractora de marfil en el centro de África) podemos ver la repulsión de la mirada etnocéntrica europea ante el degeneramiento de aquellos que pudiendo y debiendo ser fieles productos de sociedades civilizadas y consiguientemente encargados de su gloriosa misión, se ven reducidos y profundamente transformados por la monstruosa combinación entre civilización y barbarie. En ambos casos se los describe como seres de una extraordinaria inteligencia, habilidad y magnetismo aunque también es resaltada, en oposición a la naturaleza temeraria de los bárbaros, su cobardía, desmedida ambición y extrema frialdad. El horror que Kurtz alcanza a vislumbrar en su lecho de muerte, es observado por Sarmiento en la ciudad de Buenos Aires y en menor medida en el resto del territorio argentino. La insanía que Sarmiento percibe en Rosas en sus palabras también "ha enloquecido a la sociedad" y sus métodos de gobierno son tan poco ortodoxos como los de Kurtz (calificados mediante el uso del adjetivo "unsound") en su papel de dios del marfil en el centro de África. En el caso de Kurtz, su locura proviene de un encuentro demasiado cercano con la jungla que lo ha elegido para ejecutar su venganza contra la *fantástica* invasión civilizadora:

I [Marlowe] think it [the wilderness] had whispered to him [Kurtz] things about himself which he did not know, things of which he had no conception till he took counsel with this great solitude—and the whisper had proved irresistibly fascinating. It echoed loudly within him because he was hollow at core... (58)

La soledad, el poder y el vacío son, al igual que en el caso de Kurtz, parte de las piezas que construyen y configuran la imagen y la personalidad de Rosas. Su estancia en el poder está marcada por los excesos pero también por el encierro y el más profundo misterio: "Rosas no *administra*, no gobierna en el sentido oficial de la palabra. Encerrado meses en su casa, sin dejarse ver de nadie, él

solo dirige la guerra, las intrigas, el espionaje, la mazorca, todos los diversos resortes de su tenebrosa política (...)" (185).

El exacerbado personalismo de Rosas, su inteligencia, soledad y locura son reflejados en esta descripción que el narrador hace de Kurtz: (...) his intelligence was perfectly clear-concentrated, it is true, upon himself with horrible intensity, yet clear (...) But his soul was mad. Being alone in the wilderness, it had looked within himself and, by Heavens I tell you, it had gone mad. (66)

Como afirmamos anteriormente, la barbarie en el caso de los personajes de Conrad parece provenir de un pasado lejano pero siempre vigilante, lista para atacar ante el menor descuido. Es una especie de subconsciente que es común a toda la especie y encuentra el terreno más apropiado para su reaparición en la oscura profundidad de la naturaleza salvaje que, siguiendo esta lógica, debe ser dominada y alterada por la blanca mano de la civilización.

Es evidente que un análisis mucho más profundo de la construcción y los puntos en los que estos personajes coinciden y se diferencian puede y debe llevarse a cabo en futuros ensayos. Por ahora, nuestro propósito es el de resaltar el propósito aleccionador, admonitorio y moralizante que sus descripciones traen aparejadas.

En el mundo en el que vivimos, los mapas, las tablas y los cuadros sinópticos, conceptuales y demás instrumentos, nos ayudan en repetidas oportunidades a concentrar un amplio abanico de información en espacios reducidos. Todo investigador necesita de herramientas que le permitan alcanzar un grado de eficiencia lo suficientemente adecuado para que su voz llegue a ser oída en el momento indicado. La carrera contra el tiempo y la necesidad de vencerlo forman parte del discurso sancionado como oficial y válido. Este mismo ensayo está siendo escrito contra reloj y siguiendo un formato pre-establecido. De igual manera, es habitual ver en fiestas de disfraces a personas vestidas de gaucho o llevando plumas de indio, turbantes, collares de piedra, brazaletes, kimonos, parches en los ojos e incluso la cara pintada de negro azabache. Paradójicamente, o no, llevar un pantalón, una camisa y zapatos nos ganaran el oprobio o en el peor de los casos la indiferencia del resto de la concurrencia y si nos pintamos la cara de blanco no tenderemos más opción que interpretar el papel de tristes fantasmas. ¿Qué nos dice eso acerca del final de nuestra historia? ¿Tiene final la historia? ¿Es posible y necesario repensar el concepto de orientalismo en el siglo XXI? ¿Tiene alguna utilidad? ¿Es necesario que la tenga? ¿Por qué?

Concluiremos nuestro recorrido de un modo más formal (aceptado, esperado, *normal*, etc.) y apropiado diciendo que este ensayo intentó, de un modo muy precario sin lugar a dudas, demostrar hasta qué punto la visión orientalista del *Otro* se encuentra inscrita en dos obras claves de autores a primera vista tan dispares como Domingo Faustino Sarmiento y Joseph Conrad. Palabras tales como mítico, misterioso, sobrenatural, fascinante, irracional, sombrío, fantástico, prehistórico, entre muchas otras han sido empleadas para definir todo aquello que escapa y en un doble sentido define y valida el pensamiento racional positivista e historicista europeo del siglo XIX. El concepto de Orientalismo propuesto por Edward Said y, de alguna forma, reflejado al comienzo de este trabajo, nos permitió encontrar una perspectiva intelectualmente legítima y apropiada para abordar nuestro seguramente caprichoso, sentimental, insuficiente y teóricamente inconsistente análisis. De todas

maneras, la siempre vital inteligencia de Said se ha encargado, de manera sobria y elegante, de cubrirnos las espaldas:

Orientalism is a partisan book, not a theoretical machine. No one has convincingly shown that individual effort is not at some profoundly unteachable level both eccentric and, in Gerard Manley Hopkins's sense, *original*; this despite the existence of thought, discourses, and hegemonies, (although none of them are in fact seamless, perfect, or inevitable). (339)

Obras citadas

- Conrad, Joseph, and Paul B. Armstrong. *Heart of Darkness: An Authoritative Text, Backgrounds and Contexts, Criticism*. A Norton critical edition. New York: W.W. Norton, 2005.
- Feinmann, José Pablo. *Filosofía y nación: estudios sobre el pensamiento argentino*. Tres mundos. Buenos Aires: Seix Barral, 2004.
- Said, Edward W. *Orientalism*. New York: Vintage Books, 1979.
- Sarmiento, Domingo Faustino, and Juan Carlos Casas. *Facundo: civilización y barbarie en las pampas Argentinas*. Buenos Aires, Argentina: Stockcero, 2003.
- Svampa, Maristella. *El dilema argentino: civilización o barbarie: de Sarmiento al revisionismo peronista*. Buenos Aires, Argentina: El Cielo por Asalto, 1994.